

EL VIAJE DE LA BARCA VACÍA

Miguel Angel Polo Santillán



Siempre poseer para ser, para completar esa carencia, manifestada a través del deseo, como lo vio Platón. Y una vez poseído el objeto deseado, sigue insatisfecho, sigue siendo impulsado por el deseo, nunca la insatisfacción será cumplida porque es alimentada por la ilusión de separatividad. Así que el trabajo es comprender la ilusión de tal separación ontológica, base de toda codicia por vivir y de toda angustia por la muerte.

¿No nos estamos tomando muy en serio todo esto? ¿No estamos materializando ilusiones? ¿Quién sufre, vive y muere? ¿Existe el sufrimiento? ¿Existe la vida separada y opuesta a la muerte? Hemos hecho marcos mentales y lingüísticos tan rígidos que nos hacen sufrir y no nos permiten ver la realidad de otro modo. Trazamos líneas muy fuertes entre lo sagrado y lo profano, desde lo cual juzgamos y condenamos a los demás. La mente egótica se afirma a través del dualismo lingüístico, mental y afectivo.

La barca vacía es una metáfora inspirada en Chuang Zi, filósofo taoísta del s. IV a. C., para indicar la armonía de y con la naturaleza que fluye. Pues el ego posesivo no puede fluir con la existencia cósmica, sino busca devorar el ser para ser, nunca lográndolo. Nos serviremos de la perspectiva budista, en contraposición con la perspectiva moderna y occidental, para explicar esta apertura a lo que es.

Una visión moderna

Muchas características se le han asignado a la visión moderna europea, que tras el colonialismo, ha llegado a ser imperante en el mundo de hoy. Pero nosotros afirmaremos una característica, quizá central de la modernidad, la afirmación de un ego separado de los demás seres humanos y del cosmos. Un ego que vibra cuando lucha por lo que anhela, que se siente vivir cuando posee y conquista. Tomemos el famoso poema de Antonio Machado como expresión de esta modernidad:

*Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino:
se hace camino al andar.*

*Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.*

*Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar.*

Esta es pues la antropología metafísica de la modernidad. Los trazos de la cultura occidental son muy claros: hay un caminante y su acción hace el camino, no existe el camino previo al caminante, él va haciéndolo. La modernidad filosófica puso en cuestión el orden del ser y puso al sujeto y su mente como fundamento de la realidad, pues la construye y ordena. La realidad es un caos, la mente racional es la que produce no solo el conocimiento sino también la realidad misma.

Y ese camino deja huellas, el pasado que se suma a su mochila de recuerdos, los cuales lo van constituyendo. Pasado que no deja morir porque vuelve la vista atrás para sentirse vivo, para angustiarse que la vida avanza hacia el final, muerte vista como un abismo. Y este caminante solo se contenta con dejar estelas, huellas para que los otros vean que por ahí caminó, pero sabiendo que los otros harán sus propios caminos. Las huellas que siguen presentes como recuerdos, tradiciones, culturas, los que van constituyendo individuos y comunidades.

Esto sería nuestra vivencia convencional, la verdad superficial.

La analítica budista

El budismo Theravada es un budismo analítico, cercano al enfoque fenomenológico de la realidad, cuya perspectiva estaba construida para una vida ascética, de renuncia. En el *Visuddhi Magga*, *El camino de la purificación* de Buddhaghosa (s. V d. C.), se dice (XVI, 90):

“Solo el sufrimiento existe, el que sufre no es encontrado.

Los hechos son, pero no hay el hacedor de los hechos.

El nirvana es, pero no el hombre que entra en él.

El camino es, pero ningún viajero es visto en él.”

La realidad está compuesta, por lo que no tiene sustancia propia, esencia que la sostenga. “Al surgir esto, surge aquello” dice el budismo antiguo. Las cosas son agregados de otros componentes que las constituyen, las que a su vez están compuestas. ¿Dónde encontrar pues al caminante? El caminante solo es una denominación convencional a una realidad que es impermanente e insustancial. Y a cada cosa con la cual quiero identificarme habría que decir: “Esto no es mío, yo no soy esto, esto no es mi yo”, solo soy esa realidad compuesta y que fluye como todas las demás. Hermanados por la impermanencia y el carácter relacional de todos los seres.

¿Soy mi cuerpo? Pero cuerpo es una denominación abstracta, genérica, de tantas partes, como corazón, hígado, cerebro, pulmones, sangre, bilis, huesos, etc., etc., todos coordinados trabajando para formar este cuerpo particular. Desde ahí podemos hacer dos movimientos analíticos:

a) Interno: Cada parte a su vez es una composición de otros elementos, como la “sangre total” compuesta de múltiples “partes” como plasma, glóbulo rojo, plaquetas, etc. Sin esos componentes no hay sangre. Y así con cada “parte” del “cuerpo”.

b) Externo: Sin embargo, este cuerpo -y cada parte suya- se alimenta, necesita y está en relación y unidad con lo que no es este cuerpo: aire, agua, alimentos, sol, lluvia, ríos, etc., interactuando con todo. Solo la mente separa e ilusoriamente cree que yo no soy sustancialmente el río ni el aire, ni el agua, ni el sol. Ilusión: no soy el no yo, yo soy yo. Somos la hoja que cae, el viento del atardecer, el sol ardiente de verano, la estrella que vemos y que nos ve.

Vista así la realidad, ¿dónde está el caminante? “Miguel camina por la calle”, es una convención para saber orientarnos en este mundo, pero sin realidad última detrás de ello. Podríamos decir atrevidamente: “La calle camina por Miguel” y de algún modo sería verdad, porque esta experiencia también va constituyendo al sujeto. Desde la verdad última, Miguel es el mismo universo que camina con él, el camino es el mismo Miguel que se despliega, Miguel es el camino mismo. Miguel desconectado de todo lo demás es una abstracción, es una ilusión.

No hay caminante, solo camino dice el texto, el camino de la verdad que trae la comprensión. Pero viene el peligro de tener la verdad, un saber especial que los demás no tienen ni entienden. Ahí es donde el budismo mahayana da un paso más, para no dejarnos atrapar por la verdad de la realidad condicionada.

La síntesis budista

El budismo Theravada, por la actitud analítica, se quedó en una diferencia entre el

mundo del samsara y el mundo del nirvana, el mundo de los que sufren y el mundo de los que han alcanzado el nirvana, de la verdad convencional y la verdad suprema, santa, noble. Desde esa perspectiva, entonces sí había algo que defender, una nueva verdad por la cual morir.

El budismo mahayana encuentra otra interpretación de la enseñanza del Buddha. La verdad del vacío (de ser propio) no es solo del mundo material y mental, sino de la misma enseñanza. Todo está vacío de ser propio, los componentes de nuestra existencia, las cuatro nobles verdades, el camino y el nirvana mismo. Esta es la enseñanza del Sutra del corazón. Así, no hay pues ni caminante ni camino. Pero hay que aplicar el vacío al vacío, para que no se vuelva una verdad excluyente. Y eso solo se logra por el silencio. No solo de las palabras, sino de la mente misma. Silencio que no es sino ausencia del ego que evalúa, valora, discrimina, separa y juzga. Esta separatividad hace del ego pobre, carente, falto, insaciable, siempre insatisfecho, asunto que el marketing capitalista acentúa y lo asume como presupuesto del consumismo humano. Siempre poseer para ser, para completar esa carencia, manifestada a través del deseo, como lo vio Platón. Y una vez poseído el objeto deseado, sigue insatisfecho, sigue siendo impulsado por el deseo. Como lo han visto los grandes maestros budistas de ayer y de hoy, nunca la insatisfacción será cumplida porque es alimentada por la ilusión de separatividad. Así que el trabajo es comprender la ilusión de tal separación ontológica, base de toda codicia por vivir y de toda angustia por la muerte.

Así que, frente al texto de Buddhaghosa (2010), el budismo mahayana dirá “no hay ni camino ni caminante”, ambos son vacíos de ser propio (shunyata). Ni las cuatro nobles verdades pueden ser verdades absolutas e incuestionables, porque no se sostienen a sí mismas, son tan dependientes de toda la existencia como todo lo demás. Por eso, la famosa expresión mahayana es: “nirvana es samsara, samsara es nirvana”. Advierten el peligro del dualismo, que es solo mental y conceptual, apostando por la no dualidad. Y así no aferrarse al mundo porque uno ya es el mundo, ya está pleno, solo la ilusión nos separa, creando miedo, tristeza, ansiedad, angustia. Todo el universo en la palma de la mano, dirán los maestros zen, entonces ¿de qué preocuparse? En esto hay un punto en común entre el budismo y el cristianismo. ¿Para qué preocuparse si uno es el todo sagrado? El cristianismo no ha desarrollado suficientemente esta idea para el mundo actual, el tener confianza en la existencia, en el devenir de la vida.

¿Y cómo vivir desde ahí?

Si todo es vacío de ser propio y está interrelacionado, entonces ¿cómo debemos vivir? Esto no puede ser una idea, una proposición sobre la realidad, sino una conciencia de la relacionalidad de la vida. Si es solo idea habría una brecha entre ella y la práctica cotidiana. La práctica de la meditación permite darse cuenta de la impermanencia y relacionalidad de toda la existencia, entendida como el arte de estar en paz y estar atentos a lo que es.

Desde ahí, la libertad es entendida de otra manera, no como expresión del ego posesivo, sino como sensación

de no estar limitado por las palabras ni por los pensamientos ilusorios. Se abre así una puerta a la creatividad, a la fuente de la creatividad, en distintos órdenes de cosas.

Además, si se es más consciente de la realidad, entonces será más responsable con lo que es, disminuyendo el poder de las imágenes, prejuicios y creencias sobre los demás. Por lo general, nuestras relaciones son mediadas por esos aspectos, no observamos a las personas sino las juzgamos, valoramos, deseamos, imaginamos, etc. Así, armamos historias sobre las personas y creemos que ya la conocemos. Justo una vida meditativa disminuye significativamente esa actividad distorsionadora de la realidad, que socialmente nos crea muchas separaciones y conflictos.

Ser responsable no en el sentido de estar obligado, sino de dar respuesta más armónica a los retos que se presentan. Es lo que el taoísmo llama “actuar sin actuar”, es decir, actuar sin ego, sin búsqueda de beneficio propio, sino siguiendo el curso natural de las cosas. Así se disminuye la presión individualista sobre la vida social actual, donde todos buscan sus propios beneficios y acumular más y más riqueza, sin darse cuenta de las consecuencias que todo ello trae para la naturaleza y para otras personas. Si mi vida depende de otros y otros dependen de la mía, entonces ¿no sigue de ahí una ética del cuidado? Cuidado de sí mismo, de las relaciones sociales y de la naturaleza. Pero no como creencia ni como presión, sino como expresión de la empatía cósmica, del sentimiento de unidad entre todos los seres. Si el misticismo no sale de los monasterios y no

se hace parte de la vida civil, entonces estamos destinados a una lucha perpetua de unos contra otros, de continuar la guerra fratricida. En esa línea se encuentran maestros como Dokusho Villalva (2008), quien asume el budismo comprometido, atento a las ilusiones de felicidad que nos vende el mercado.

La visión no dualista implica replantear nuestra concepción de la acción, sacarla de los marcos subjetivistas y egocéntricos, sino abrirla a la percepción de lo que hacemos. El maestro zen Shunryu Suzuki escribió al respecto: “Sin huellas. Cuando hacemos algo debemos consumirnos por completo, como una hoguera bien encendida, sin dejar huellas de nosotros mismos” (1994, p. 81). Luego de siglos es la misma intuición taoísta del *wei wu wei*, la misma intuición hindú del karma yoga, la misma sabiduría que no enseña a dejar el provecho per-

sonal y “consumirnos” con lo que hacemos. No la acción para..., como si fuese solo un medio, sino ser uno con lo que estamos haciendo, consciencia plena de cada acto realizado. Unidad de ser, acción y consciencia. Así se cortaría la queja de la mente egótica “¿por qué a mí?”, “¿por qué la vida (o Dios) me trata así?”, “¿por qué no puedo ser feliz?”. “Hacer lo que estamos haciendo” sería un antídoto contra la mentalidad actual de “ganar o perder”.

No se trata de anular el pensamiento en la acción, sino de la intención egótica de determinar la acción, que después de todo, es la idea misma de controlar la vida, de ser dueños de nosotros mismos. Se trata de prestarle más atención a las cosas que intervienen en la acción, a dejar de lado el ego y a saber fluir con ellas, a reducir el espacio entre “nosotros mismos” y la existencia.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BUDDHAGHOSA, B. (2010). *The Path of Purification (Visuddhimagga)*. Trad. Bhikkhu Ñāṇamoli. Kandy: Buddhist Publication Society.
- CONZE, E. (1958). *Buddhist Wisdom Books. The Diamond Sutra and The Heart Sutra*. London: George Allen & Unwin Ltd.
- LOY, D. (2010). *No-dualidad*. Barcelona: Kairós.
- MACHADO, A. “Caminante no hay camino”. http://www.antoniomachadoensoria.com/caminante_no_hay_camino.htm#.VxLgATB97IU
- SUZUKI, S. (1994). *Mente zen, mente de principiante*. Buenos Aires: Troquel.
- VILLALVA, D. (2008). *Zen en la plaza del mercado. Claves zen para comprender y sanar el malestar existencial en la era de la globalización*. Madrid: Aguilar.